

## **LA VIDA ATORMENTADA DE ELIODORO PUCHE: AMORES, BOHEMIA, CÁRCEL Y PRÁCTICA POÉTICA \***

. José Luis Molina Martínez

Nace Eliodoro Puche Felices en Lorca en 1885. Es su padre, Eloy Puche Pla, abogado en ejercicio y terrateniente. Su madre se llama Soledad Felices López. Forma parte Eliodoro de una familia acomodada que tiene otros tres hijos: Eloy, Emilio y Estrella. Cuando dicen que a Eliodoro le ha quitado la **h** de su nombre una madre analfabeta, que no lo era, no conocen el verdadero motivo, además de que el empleado que lo anotó en el Registro Civil se la hurtó primero: quería que todos los nombres de los hijos empezasen por E.

Viven en la antigua casa familiar, sita en una de las que habían sido calles principales de la ciudad, junto a la ex-Colegiata de San Patricio:

Casita de la abuela  
junto a la vieja plaza...  
Frente a ella, un convento y una iglesia  
de torres achatadas;  
y allí el tañido eterno  
de las lentas campanas...  
¡Oh!, la casita limpia,  
diminuta, romántica,  
con viejas alacenas  
y renegridas arcas  
que conservaban dulces confituras,  
membrillos y manzanas,  
flores, tiestos y lozas,  
libritos de oraciones con estampas  
y aquella viejecita  
tan diminuta y santa  
que en la noches de invierno  
la vida de los santos nos contaba.

Estudia en Lorca sus primeras letras en alguna escuela pública o con algún maestro particular de fama local, como don Pedro Antonio Hilario:

Las lánguidas horas de la escuela... El maestro  
de impávido mirar y argéntea barba,  
el cuerpo enjuto, el traje desgarrado  
y las melenas lacias.  
Los juegos a hurtadillas,  
el ritmo igual de la canción cantada,  
los horribos castigos que grabaron  
un poco de ironía en nuestras almas...  
y las locas salidas de la escuela...  
y los alegres juegos en la plaza.

Al no haber instituto de enseñanza secundaria en Lorca, pues fue cerrado por falta de pago a los profesores en 1883 y trasladado a Murcia con sus enseres, cursa estudios de Bachillerato en el viejo instituto de la capital, fundado en 1837. En Valencia se le expende el título de Bachiller en 1902.

Eliodoro Puche es un letrado y como tal, aunque no ejerce, se da de alta en el Colegio de Abogados de Lorca el 22 de diciembre de 1928 y esa cita como profesión. Se desconoce dónde estudió derecho. En Murcia no porque la Universidad moderna inicia sus clases en 1915. Aunque pudo empezar en Valencia, es más seguro decir que en Madrid. Posiblemente fue compañero de aulas de Francisco Martínez Corbalán y de Ramón Gómez de la Serna, pues, aunque era algo mayor que ellos, llevaba más atrasados los estudios. La familia cambia su residencia a la capital en 1906, cuando Eliodoro ya tiene 21 años. Eso indica que, si fue bachiller en 1902, con 17 años, después no se dedicó excesivamente a los estudios. Tampoco tenemos conocimiento de cuándo los acabó aunque en el censo municipal de 1911, ya con 26 años, figura aún como estudiante.

La vida que Eliodoro Puche lleva en Madrid es la parte de su trayectoria humana que más ha llamado la atención y de la que ha quedado más noticias. Lo cierto es que vive en la capital hasta el fallecimiento de su padre, 1928, año en el que regresa a Lorca, con lo que abandona su trayectoria bohemia y se convierte en un burgués que pasa la vida entre el vino y las mujeres. Así continuaba en la labor que nos describe Emilio Carrere como habitual en Madrid:

Puche cruza la Puerta del Sol  
en pos de su nocturna cita  
con las sirenas del alcohol.

De Madrid regresa además con una ideología política de izquierdas pues es radical socialista republicano y su militancia se hace notoria en Lorca en 1930, cuando se organiza un movimiento político llamado *Círculo Republicano Instructivo*, a cuya directiva pertenece. Dirige dos periódicos semanales en la época republicana, *El Pueblo* y *República*, y con la llegada de la guerra civil es notario en Lorca, Juez de Paz en Mula y conservador diríamos de parte del patrimonio cultural lorquino, al menos se incauta del Palacio de Guevara y gracias a él se conserva. Se cuenta que dormía sus borracheras dentro de un arcón de los que componían el mobiliario que se distribuía alrededor del patio porticado del palacio conocido popularmente como Casa de las Columnas.

Por auxilio a la rebelión, apropiación indebida de una notaría y ejercer de juez de paz fue encarcelado el 29 de marzo de 1939 y condenado a 16 años de cárcel, pero en 1943 ya está en la calle, gracias a Dios. Tiene entonces 58 años. Estuvo primero en la cárcel habilitada en un convento de monjas clarisas de Lorca, después en la de Murcia, de donde pasó a la de Totana y finalmente a la cárcel de partido de Lorca, hasta su liberación a mediados de 1943:

¡Qué cerca de la cárcel  
está mi casa!  
Si no hubiera muros,  
te vería, hermana.

Y era verdad, pues aún se encuentra a pocos metros de la casa derribada del poeta Eliodoro y sustituida por una edificación moderna. Todavía tuvo que pasar otro susto pues, en 1945, hubo redadas de comunistas y fue puesto a disposición del Gobernador de Murcia, donde estuvo detenido e incomunicado un par de meses hasta que lo dejaron en libertad sin cargos. Ahí se acabó su actividad política. Poco antes de su fallecimiento, incluso publicó algún que otro poema en una revista local de la recién fundada OJE (1960), *Liceo Azul*. ¿Por qué colabora con el régimen? Ya no tenía que contemporizar con nadie: era un anciano enfermo.

Como anécdota, añadiré que se cuenta que en un bar de la época llamado Cándido, que aún subsiste pero remozado, había un tonel del que bebía vino, que lleva el nombre de *Carcomido*, en recuerdo del siguiente poema del poeta. A su lado, una mesa en la que siempre se sentaba y sobre la que escribía, cosa no cierta:

Esta mesa carcomida  
antigua y desvencijada,  
ha visto pasar mi vida  
desierta y atormentada.  
Mis codos han hecho huecos  
en su vetusta madera,  
mis codos largos y secos  
que ni son codos siquiera.  
Ella ha sentido la herida  
de las flechas de mi llanto,  
y vive aunque carcomida,  
y vivirá no sé cuánto.  
Pero, alguien, cuando la vea  
tan desvencijada y fea  
arder en algún hogar,  
sentirá cómo se queja  
en ella, mi pena vieja,  
con un largo sollozar.

Desde mi juventud escuché en mi casa cosas menos literarias de Eliodoro, que venían a recoger un rumor que había circulado en su momento en la ciudad. Al preguntar por ello, se me contestaba con cierta especie de misterio: había tenido amores con una mujer casada. Por ello se fue a Madrid y tiró su título de abogado por la ventanilla del tren que lo conducía a la capital.

Carga conmigo, tren...  
arrumba  
mi saco de dolores en tus coches.  
Carga conmigo, diremos también  
algún día a la muerte... arroja esta balumba  
de oscuridad a tus eternas noches.  
Carga conmigo tren como una cosa inútil,  
un bulto facturado  
que dejarás en una estación... un peso fútil  
que llegará cansado  
como ahora, como siempre... un peso

inútil, eso...  
una maleta  
que lleva dentro un corazón...  
un corazón que late todavía,  
un alma enferma que se inquieta  
por cualquier cosa, y vive de ilusión.

Dos cosas me interesaron a partir de entonces: saber quién era la esposa adúltera e imaginar el título de una carrera volando por el cielo llano de La Mancha. Lo segundo ya sabemos que pertenece a la leyenda. Lo primero ya estoy en disposición de contarlo. Existe en los pocos papeles de Eliodoro que se conservan el retrato de una mujer bella de verdad, que conserva con letra delicada una dedicatoria: “A mi Heliodoro como prueba de lo muchísimo que lo quiere su Caridad”. En otra igual, podemos leer: “Dedicada a mi queridísimo Eliodoro. Recuerdo de su Caridad. Lorca, 16 octubre”. Sobre ese nombre se ha reconstruido la historia y se conoce su identidad. Viene a ser lo de menos porque, de momento, no lo voy a desvelar por temor a las interpretaciones frívolas, entre otras razones.

Aquella salida familiar a Madrid en 1906 que ya conocemos y que posiblemente servía para que acabase derecho Eliodoro en Madrid, tenía un motivo algo más comprometido. Se habían hecho públicos los amores con la casada infiel y el escándalo había que tapanlo. Nada mejor que salir de la ciudad. Se dice que la hija que su amante tuvo en abril de 1907 era de Eliodoro. Él y su familia salen de Lorca, como ya he dicho, el año anterior. En el mes de marzo, se dan de baja del censo y comunican su decisión de establecerse en Madrid. Pero no sabemos cuándo se van. Todo, pues, se silencia. No sabemos el tiempo que estuvo la familia entera en Madrid, pero no debió ser demasiado. Eliodoro volvía a Lorca de cuando en cuando y su estancia se prolongó veintidós años. Pero la tragedia se reabre en 1916 cuando la señora fallece en Monistrol de Montserrat, en circunstancias trágicas. Se cuenta que quisieron enviarle a la supuesta hija a Madrid pero que el poeta lo rechazó. La vida que llevaba no era muy edificante. Eliodoro Puche, en sus poesías, siempre hace referencia a los sufrimientos de su alma, pero nada deja entrever esta tragedia. Esta presunta hija se casa y fallece de septicemia en 1945 tras haber contraído matrimonio y tenido hijos.

La segunda mujer que aparece en su vida es la francesa Marguerite Goudre. Esto hace creer en un viaje de Eliodoro a Francia donde conoció a dicha mujer que, a su vez, debió viajar por España (1914) y estar con Eliodoro en Madrid, Aranjuez, Toledo y otras ciudades, pues se han conservado algunas postales que le escribía Marguerite a Eliodoro y que aparecen raspadas para que no se pudiese leer lo que decían y no revivir dramas anteriores pues posiblemente el padre se opusiese a cualquier cosa que no fuesen los estudios. Nada más hemos podido conocer de esta mujer a pesar de que se ha investigado en el mismo París.

La tercera de ellas es Aurora Guilmain. Parece ser cubana residente en España, hermana del traductor y novelista Andrés Guilmain. Esta relación de Eliodoro se inició en Madrid. Pero el conocimiento de esta mujer procede del libro *El marinero de amor* que Eliodoro escribió durante su encarcelamiento en Lorca en marzo de 1939 al acabar la guerra civil, seguramente al final de su estancia en la cárcel, 1942. Le dedica el libro e imagina que han continuado escribiéndose y que es un amor que puede ser su redención. Pero la realidad es otra. Si Eliodoro estuvo en Madrid durante la guerra no es

comprobable. Por lo tanto, la debió conocer antes de 1928, cuando se vuelve a Lorca y nunca sale de ella. Aún así, hay noticias de dos salidas. Una a Cartagena, para visitar a su amigo de la bohemia el pintor cartagenero Vicente Ros y asistir a su tertulia. Manuel Martínez Pastor cuenta que conoció a Eliodoro en una de estas visitas y que le escuchó decir lo siguiente: “-Fíjate, Vicente, lo que es la vida, yo no he hecho otra cosa que beber y tú que tomar cafés con leche con media, y ahora estamos los dos igual de viejos y jodidos”. Jesús Martínez Santos, recoge esta anécdota y la cuenta de otro modo: “Melómano patológico, Ros fue amigo de Corvino, concertino de la (Orquesta) Nacional, del mismo Carrere y del rico, enloquecido y alcoholizado poeta lorquino Eliodoro Puche, con aspecto de paleta y cara de gañán, al que muchos años después nuestros testimoniantes llegaron a tiempo de conocer en el Estudio de Vicente Ros, al que decía riendo: *Si juntáramos el vino que yo me he bebido y las medias tostadas que tú te tomabas, abultaría más que la sierra de Carrascoy*” y añadía: *¿Te acuerdas cuando me decían que yo me moriría joven de una de aquellas borracheras? Pues aquí me tienes y los demás ¡muertos! ¡muertos! ¡muertos como estuvieron siempre! ¡muertos!*”

La otra a Murcia, para saludar a un grupo de amigos pintores, escultores, narradores y poetas que se reunían en un viejo edificio conocido como Archivo Notarial, entre los años 1958 y 1964. Por otro lado, cuando Eliodoro es apresado, Aurora y su hija Ofelia están en un barco camino de Méjico, tras perder en la guerra civil a sus dos hermanos. Para mí que Aurora desconocía estas intimidades del poeta. Dejo entrever, y ya profundizaré en ello, que es la amante del amor cortés con existencia real a la que Eliodoro dedica un *Cancionero* al estilo de los de Dante y Petrarca.

#### *Postal a Aurora*

Si pudiera decirte con palabras de ahora,  
y la emoción de entonces, cosas de ayer, Aurora,  
lo que pude callar tanto tiempo esperando,  
momento por momento, ese *cómo*, ese *cuándo*,  
tan dulce, tan sentido, que a veces nunca llega  
y otras nos las depara la casualidad ciega;  
si pudiera decirte mi boca de hoy, mujer,  
lo que nunca te dije con mi boca de ayer;  
si pudiera mirarte con mis ojos de ahora  
y verte tan bonita como entonces, Aurora;  
¡ay! si pudiera amarte con aquel corazón,  
si pudiera sentirte con aquella emoción,  
aunque no me quisieras lo que entonces decías  
jurando por lo más santo que me querías,  
¡qué gran felicidad! ¡qué dicha tan completa!  
Decirte yo: ¡Amor mío! –y tú decirme: ¡poeta;  
Y no hablar del pasado sino para sentirlo  
con aquella belleza.... Y volver a vivirlo.

Después, las mujeres que conoce son las prostitutas que se lleva a su finca de la sierra de Almenara, a unos 20 kilómetros de Lorca, para sus juergas que imaginamos no diarias. Era el continuismo de su vida bohemia en el Madrid de la edad de plata. Aunque se puede pensar en un donjuanismo sin más:

A veces pienso en vosotras,  
mujeres a quien amé  
y por otras  
olvidé...

Por conocido el origen y desarrollo de la bohemia, no voy a entrar en ello. Aunque sí manifestar que “la bohemia tiene un tiempo que no es otro que el de la juventud y, cuando termina, deja de ser brillante y graciosa para convertirse en trágica; no hay nada tan esperpéntico como un bohemio que se sobrevive”. Esto no quiere decir que ignore su bohemia, que la vive entre 1906 y 1928. Este último año, el de la muerte de su padre, abandona la bohemia y se convierte en un burgués terrateniente que pasa casi estrechamente el resto de su existencia terrena. Interpreto que la vergüenza, la deshonra, como se decía antes de manera tragicómica, que cae sobre la familia produce un castigo paterno cual es alejarlo de Lorca. Para su manutención, Puche sólo contaba con lo que le enviaba su padre y lo que ganase con sus escritos, si es que lo hacía. De ahí los lugares míseros en los que vivía según los que nos dejan noticias suyas. De ahí que, desaparecido quien le daba dinero para su manutención y le obligaba a permanecer en Madrid, abandonase la capital y regresase a Lorca con 43 años, siendo un hombre sin oficio ni beneficio. Aquí siguen cuidándolo y mimándolo, primero la madre, que fallece en 1938, después su hermana Estrella, hasta que fallece con 79 años, 36 después de haber ejercido la bohemia que recuerda siempre como el anciano la juventud: con añoranza.

Parte de su bohemia madrileña la pasó en los cafés o en las tertulias y él mismo escribió varios poemas sobre el ambiente tabernario y uno en el que revive el contexto del café de Zaragoza:

Es un café que tiene sabor original  
donde acude de noche la juventud que escribe.  
Es un café de artistas, en él se piensa y se vive  
y se gusta la esencia del arte musical.  
Entremos... El ambiente es claro, la luz blanca.  
Se ven rostros bonitos bajo oscuros sombreros.  
En todo él se respira como una amistad franca  
de mujeres ligeras y líricos obreros.  
Nos unimos al grupo de los jóvenes sanos  
que piensan y trabajan el panal de su miel.  
Olmedilla recita unos versos humanos  
y andaluces; y aprueba satisfecho Noel.  
Cienfuegos después dice décimas zorrillescas,  
Aragonés protestas de un sabio socialismo.  
Un dibujante traza sus siluetas grotescas  
y su lápiz es bomba y puñal de cinismo.  
Después se habla de todo; de cuadros, de escultura...  
sin que nunca una frase se manche en lo banal.  
Se aplaude lo bonito, se admira la hermosura...  
Y lo mismo se habla de Rubén o Cajal.  
De pronto, al preludiar el violín de Corvino,  
un silencio profundo se hace en la gente joven.  
Noel peina sus melenas con la mano... -Es divino,

escuchad, dice, este andante de Beethoven.

¿En qué se ocupa Eliodoro en Madrid? Pues, además de escribir poesía, traduce del francés para la Editorial Mundo Latino, cuando inicia la publicación de las *Obras Completas* de Verlaine, el tomo III, *Luisa Leclerq. Memorias de un viudo* (1921), el VI, *Confesiones* (1923), y el IX, *Carlos Baudelaire. Viaje a Holanda. Paseos y recuerdos*. (1923). En 1924, tradujo *En la ventana*, de Leónidas Andreïev, para *Los Contemporáneos*, nº 819. (29) Díez de Revenga descubre a un Eliodoro traductor de la novela rosa: Jeanne de Coulomb, *Los iluminados*, y yo, acompañado por la suerte, lo acabo de descubrir como autor de la novela corta: en 1923 aparece en la colección “La novela de amor” la novelita *Las gemelas*, ilustrada por J. Ferrer Sama, que se estudiará en su momento. Todo esto indica lo poco que se sabe aún de este poeta nuestro de este día.

El primero que inicia lo que después constituye la leyenda negra de Eliodoro es Mario Arnold en su novela *La ciudad es mía* (1937), pero, como aparece bajo el seudónimo de Cleodomiرو Puertas, es fácil que ni Eliodoro leyera la novela dadas las fechas, ni nadie cayera en que era su trasunto. El dato más claro es que vivía en la calle de la Luna. Cuenta que presenció una pelea entre dos invertidos, como se decía en la época, en una calle por la que pasaba ahíto de vino, que resultó en tragedia de la que no quiso saber nada y por ello deja entrever que fue encarcelado.

A continuación por la fecha de su publicación, 1951, quien da pábulo a la leyenda que aún persigue a Eliodoro es César González Ruano, quien, en *Mi medio siglo se confiesa a medias*, se detiene en la anécdota de la bohemia de Eliodoro, a quien visita en Lorca casi 30 años después de aquello que es fácil añorara el poeta, aunque no fuesen tiempos felices sino heroicos y de vida perra. Tampoco dudaba González Ruano en destacar lo anecdótico, lo negativo: “Tenía cuando yo lo conocí un aspecto siniestro y extraño. Iba vestido como un mendigo, pero sostenía en el rostro afilado un monóculo insolente. Era cliente fijo de las tabernas criminales, amigo de enterradores y mozas de la baja y casi aldeana prostitución [...]. Puche tuvo en Madrid un proceso porque le pegó un tiro a un sereno de la calle de la Luna, donde vivía”. Pero también es algo positivo en su retrato: “Puche, como poeta modernista, quizá fue superior a los demás epígonos de su grupo [...] No era sablista ni molestó nunca a nadie”. Creo que estos juicios y los que siguen hasta hoy entran dentro de lo que Enma Rodríguez ha definido como “la frágil línea que tantas veces separa la realidad de la ficción, utilizando la invención para llenar el silencio y llegar más allá de lo acaecido, en la onda de buscar historias dentro de la propia literatura”.

En esta misma línea y parecida onda se ha tratado desde entonces a Eliodoro Puche. Así procede Guillén Salaya (*Los que nacimos con el siglo: biografía de una juventud*, 1953). Cuenta en este libro, entre otras anécdotas, un recuerdo de Federico Servet Clemencín: “Uno de los poetas melencólicos, seco como un esparto lorqueño, ha logrado poner de moda en Madrid, en el Madrid noctívago de las tertulias de Café y de las Redacciones de periódicos, una frase terrible que expresa con fría desnudez la sinrazón de esas vidas huecas de quehacer, misión y destino. Puche rasgaba el viento con la faca hiriente de su voz de acero: *¡Muérase usted, que es su obligación!* Y a las gentes les hacía gracia, porque, sin duda, pensaban que, efectivamente, como no tenían que hacer nada con la vida, la muerte podía ser una exacta solución”. Continúa también en el mismo estilo Josep María de Sagarra (*Memòries*, 1954): “Al lado de un hombre

tan bien vestido como Hoyos y Vinent, Heliodoro Puche, que para mí era un poeta apreciable, resultaba la quintaesencia de la desolación. Llevaba unos pantalones que parecían un gallinero, a causa de la cantidad de materia extraña que llevaba adheridos en ellos, y con la ropa interior habría podido facilitar suficiente sustancia amoniacal para todo un campo de zanahorias. Puche había perdido los dientes y la facultad de masticar, pero no había perdido el humor y poseía una buena fe para convertirse en literaria putrefacción, sin conseguirlo, porque no podía dejar de ser inteligente”.

Cualquiera que haya leído a Rafael Cansinos Assens en su *La novela de un literato* (3 vols, 1982 – 1985 – 1995) conoce el retrato que hace de Eliodoro, extraño tratamiento porque en el prólogo a su libro *Corazón de la noche*, aparece hasta afectuoso y comprensivo. Es la continuación de la leyenda negra que gravita sobre el poeta. Claro es que Cansinos no habla bien de nadie. Como dice su hijo en el prólogo de *Bohemia* (2002) a Cansinos no le gustaba ni la bohemia ni los bohemios. Quizá por eso recoge las páginas más escandalosas de sus amigos de tertulia. Así pues, lo que trasciende de sus escritos es que estamos básicamente ante un borracho, pesado, malhumorado, malcarado y agresivo poeta, que viste mal, parece peleado con la limpieza y es inoportuno.

Prosigue modernamente en esta interpretación Juan Manuel de Prada, quien hace de Eliodoro personaje de su novela *Las máscaras del héroe* (1997). En *Desgarrados y excéntricos* (2001), introduce un texto titulado “Eliodoro Puche, corazón de la noche”, que ya había publicado anteriormente en la revista *Clarín* en 1998. Recientemente, 2006, cuando José Luis García Martín fue invitado a Lorca para algo relacionado con la poesía por un grupo existente en Lorca llamado *Espartaria*, también escribió un artículo en el que lo calificaba de poetastro. Pienso que lo diría porque es su criterio personal, respetable pero no compartido.

Por otro lado, es muy posible que, en el afán reivindicativo que algunos han mantenido desde hace muchos años quizá por motivos ideológicos, pues la izquierda intelectual local se puso bajo su bandera poética y bajo ella sigue, al ser recalificado como poeta maldito, se ha podido producir el efecto contrario. Así que he recuperado esta vieja investigación que inicié en 1986 para dedicarme un tiempo al análisis de sus obras como único medio de que el poeta sea reconocido como escritor y no famoso por su sucia bohemia, pues siempre lo han presentado, según han escuchado, como borracho, sucio, asqueroso, pendenciero, putero y repugnante.

Fue amigo, entre otros muchos, de Emilio Carrere, de Francisco Martínez Corbalán, de Alfonso Camín, de Xavier Bóveda, de Antonio Espina, de Antonio Machado, de José Pérez Bojart, de Mario Arnold, que también estuvo en Lorca y publicó sus versos en *La Tarde*, de Armando Buscarini y de Pedro Luis de Gálvez. No se sabe por qué, en una conversación que mantuvo con Manuel Muñoz Barberán y que está publicada, se hace pasar por el salvador de Emilio Carrere, cuando lo fue Pedro Luis de Gálvez. Pedro Luis de Gálvez, que había sido redactor del *Levante Agrario* de Murcia en 1919, vino de Barcelona a Lorca en 1930 en una avioneta con la aviadora Elvira Muñoz para saludar a Eliodoro. La prensa local destacó obnubilada esta boutade. De Buscarini se publicaron en el diario local *La Tarde*, diciembre de 1922, tres poemas que seguramente envió desde Madrid, antes de que apareciesen en el libro *El riesgo es el eje sublime de la vida. Poemas románticos*. Los poemas son: *Viajero de amor*, *Las niñas abandonadas* y *Torrentes de ternura*.

De todos modos, a pesar de su leyenda negra, nadie ha podido decir de Eliodoro que fuese persona repudiable. Alfonso Camín escribe: “Queda esa encina de levante enraizada en Lorca, con el nombre de Eliodoro Puche, buen poeta y buen amigo, tan bueno que, a pesar de su lengua bellaca, jamás pudo, pese a sus muchos malabarismos, convertidos en bellas imágenes poéticas, pasar por mala persona”. Como A. Machado es bueno, melancólico, intimista.

Iba contigo, Antonio,  
por soledades hondas  
una tarde cualquiera  
de trinos y de rosas.  
Del lugar y del tiempo  
no queda en mi memoria  
nada más que una vaga  
belleza melancólica.  
Mas tu palabra grave,  
profunda, soñadora,  
resuena en mis oídos  
brotando de tu boca,  
y, aun cuando fuera entonces,  
para mí siempre es ahora.  
Esas palabras eran  
de una mañana sin sombras.  
Derramabas tu luz  
sobre surcos de aurora,  
nimbando las ideas,  
aureolando las cosas.  
Iba contigo, Antonio,  
por soledades hondas  
una tarde cualquiera  
de trinos y de rosas.

Creo que el mejor modo de demostrar la valía del poeta devorado por un rosario de anécdotas, por lo único que lo han valorado, es conocer su obra poética. Y en ello estamos. Aparecen cuatro libros antes de la guerra civil y ya no publica nada hasta 1961. De ellos vamos a hablar. Así, *Libro de los elogios galantes y de los crepúsculos de otoño*, 1917, es un poemario parnaso-simbolista, con dejes profundos de Verlaine, Baudelaire y más aún del modernismo de Rubén Darío:

#### *Figulina*

Tiene su cuerpecillo de figulina el grácil  
encanto tan ligero de las Tanagras, esa  
virtud de movimiento fácil  
del escorzo... En su cara está impresa  
la inquietud de la vida galante, sin amores  
hondos, sin amargura ni ideales,  
banal para los bienes, banal para los males;  
y en la superficialidad de sus candores,  
pasa por la existencia apenas sin rozarla,  
como la brisa matinal entre las flores,

dejándose la vida sin gozarla...  
¡Piensa que cuanto existe es un capricho sin  
más objeto que el suyo, sin más fin  
que llenarle su vida de tantas cosas bellas!...  
y que si existen en el cielo estrellas  
es porque ella en la noche se entretiene en contarlas  
y porque sueña para jugar con alcanzarlas.  
Quiere un palacio donde su elegancia  
tenga marco propicio oro, rosa y azul  
en palacio español al estilo de Francia,  
de aquella Francia de Wateau de brisa y tul...  
¡Y quiere, sobre todo, no estar enamorada...  
y una loca alegría... y no pensar en nada!

*Corazón de la noche* (1918), dedicado a Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado y Enrique Mesa, que cuenta con un prólogo de Cansinos Assens, es un libro intimista, cálido, en el que, superadas ya influencias cercanas y en busca de su propia voz y su camino poético, aparecen los grandes temas de su lírica: la noche, el otoño, la luna, la soledad, con dejes modernistas y cierta pervivencia rubeniana:

*El poeta a la noche*  
Tú tienes, noche oscura, mi corazón de niebla  
nacido en la región del sol y del perfume,  
mi corazón que, a veces, de luceros se puebla,  
mi corazón lunático que llora y se consume.  
Me recato en tu sombra porque la sombra tapa  
la llaga lacerante que nos abrió el destino,  
y en las tinieblas llevo la verdad como capa  
y el bien como linterna que alumbre mi camino.  
En líricos viajes arribo a las estrellas  
que son islas de luz donde las almas de *Ellas*  
quedaron encantadas en luminoso encanto...  
Y a mi ensueño, la luna, para besarme baja  
cuando en mi cama duermo como un muerto en su caja,  
o velo la tortura insomne de mi llanto.

*Motivos líricos* (1919) es un libro decadentista de calidad inferior a los anteriores, aunque se mantiene la línea conductora de su poesía bajo la influencia de Vicente Huidobro y el ultraísmo, según Guillermo de Torre:

*El caballero*  
El caballero de la luna,  
que lleva por rosa una estrella,  
ha pasado esta noche sobre  
la superficie de la tierra.  
Portador del ensueño, dijo  
el secreto de la quimera,  
y nuestras almas se han quedado  
como pájaros en la selva  
de un cuento azul que oímos

un día de primavera  
juvenil, en los labios de una mendiga vieja.  
Acaso fuera el hada  
de la niñez eterna  
que manda el caballero  
para que nos encienda  
con la rosa de oro  
de las celestes selvas.  
Corazones iluminados,  
ebrios de auroras, de belleza...  
¡cantemos el amor, la vida  
es la verdad primera!

En 1936, año no muy favorable para la literatura, aparece *Colección de Poemas*, que se considera libro de transición. En mi opinión, mantiene una relación con su poesía anterior y una ruptura con lo que sigue, sobre todo con los poemas que escribe en la cárcel. Son los versos finales de su producción anterior, a punto de conseguir, o conseguido, un acento personal, versos ajenos incluso al tema político social que se había echado encima. Eliodoro, siendo hombre de fácil versificación, no trabaja sus versos, no los pule; de ahí la irregularidad de su poesía que, junto a versos de gran inspiración, mezcla otros mediocres. Esto se observa con reiteración en este libro.

Laberintos de callejones  
en la arquitectónica selva  
de la ciudad. Las ventanas en sombra  
se funden en la noche como pupilas ciegas.  
Por senderos retrospectivos  
se va de sorpresa en sorpresa.  
En telones de luna  
evocamos esquemas  
de absurdos sueños  
y rostros nuevos de las cosas viejas.  
Todo era conocido y, sin embargo  
todo nos habla en una lengua nueva.

Hemos de llegar a 1961 para volver a encontrar publicado un libro suyo, más bien una antología de lo escrito y no editado hasta esa fecha. Próxima estaba su muerte. Es fácil entender que Eliodoro, con ayuda de los amigos que lo homenajeaban y echaban un pulso al orden cultural establecido, armó un libro con poesías anteriores desperdigadas, que tituló *Poemas inéditos*. Es como un itinerario en el que se recorren caminos poéticos distintos. Y, hasta la irregularidad de su ordenación le presta encanto. Quizá sea el libro en el que se encuentra al poeta en toda su plenitud. Su vida se está acabando y el poeta se ha purificado. Así llega a su compromiso de hombre con el hombre, a sentirse hondo, machadiano, interior, libre, contenido, conceptista y esquemático, utilizando la palabra del modo más desnudo posible, sin artificio. (48) Continúa siendo el poeta de la noche y del vino, caminante de las tabernas con una grave dignidad en su bohemia, con un poso humano que ha arrancado admiración a sus lectores. Ha conseguido el sentido humano de la vida tantos años disimulado. Este es el único libro de su producción que se ha podido leer durante años y en él se ha buceado para extraer su sentido poético. En este poemario se nota cómo ha concluido aquella

versatilidad fútil y pagana, decadentista y vana de su poesía primera y una interioridad privilegiada y prudente, severa y correcta, plenifica su verso:

Cuando llegas a mi lado  
con timidez de paloma  
y junto a mí te acurrucas,  
mirándome silenciosa,  
yo, silencioso, te miro,  
sabiendo que hay en tu boca  
algo muy dulce que espera  
que mis labios lo recojan.  
Luego te alejas alegre  
saltando como una loca  
y te siento en el jardín  
dialogando con las rosas.

En la cárcel escribe un par de libros, seguramente entre 1940 y primeros del 1943, pues las *Carceleras*, son eso, poemas escritos en la cárcel, algunos de las cuales aparecen en 1961 y no constituyen un libro en sí:

Devuélvele en nombre mío  
a mi novia su retrato,  
que sobre mi corazón  
llevé siempre acariciándolo.  
Me van a dar cuatro tiros,  
con el alba, en Espinardo.  
No quiero que al fusilarme  
lo acribillen a balazos.

*Las alas en el aire* es como un todo unitario, obedeciendo a una intencionalidad: cantar la libertad. Acaba de ser reeditado (2007) y analizado por la profesora M<sup>a</sup> Teresa Caro Valverde. Es un libro de inspiración nietzscheana, un poemario sobre la libertad de expresión, según esta profesora: “A la cárcel física -dice- se suma la cárcel de amor que el poeta sufre cuando la fuga del ser amado que su mente libertaria forjó como espejo, pone plomo en las alas”.

*Aire libre*  
Un sueño, una embriaguez, un infinito  
e insaciable deseo  
de tu aire libre,  
de tu sereno espacio  
de limpios horizontes,  
respirando tu atmósfera  
inquieto de mi vuelo,  
donde cernerme  
como un aguilucho  
ciego de sol.  
Un sueño sin fronteras,  
una embriaguez de rutas,  
un deseo infinito

de impulso, de alegría,  
de amor y libertad.

En 1980, la Asociación Amigos de la Cultura publica *Marinero de Amor*, escrito por los mismos años del anterior. Es un libro compuesto en décimas, alrededor de un centenar, que giran en torno al tema de la libertad y el amor. Dedicado a Aurora Guilmain, el poeta confiesa el amor que ha sentido por ella, a la que reclama y da vida en un momento de sequedad interior:

*Hacia altamar*

Sólo me queda soñar,  
vivir una vida aparte,  
ir por las rutas del arte  
a la soledad del mar.  
Sin playa donde encallar,  
no pensar nunca en volver  
y, queriendo y sin querer,  
como arriesgando con suerte,  
ganarle un pulso a la muerte  
sin importarme perder.

*Wilde*

Al verte, divino Óscar,  
-error de la naturaleza-  
mi tristeza en tu tristeza  
se quiere immortalizar.  
¡Qué bien sabes combinar  
inteligencia e instinto!  
Siendo de ti tan distinto,  
para mejor conocerme,  
¡cómo me gusta perderme  
en tu raro laberinto!

De enfermedad de muerte, cáncer faríngeo, muere el 13 de junio de 1964. Ha concluido el tiempo permitido a un hombre que ha gozado la vida pagana sintiéndose solidario con la naturaleza humana. Ha padecido una experiencia personal gratificante cual ha sido estar en el centro de un mundo intelectual y vanguardista que fue levadura de una época hoy admirada. Francisco Alemán Sainz escribe: “Viejo y cansado ha muerto este hombre con nombre solar, nacido en una ciudad solar, que amó las ojeras nocturnas de la luna. Fue un poeta epigónico, que regresó a su ciudad con su equipaje de poesía. Se ha callado en estos días, en que la primavera se marchaba a otros lugares. Es seguro que, en las noches quietas de Lorca, la vieja luna buscará desde su cielo a este hombre que ya no está, a este poeta que acaba de morir”.

Muere Eliodoro y cae el olvido sobre él, digo el olvido oficial, que los amigos le recordaban en privado y con homenaje público que se inicia aún en tiempo difícil y se repite cada año. Sobre su muerte física, una muerte oficial impide que su aureola se difunda y se conozca su obra. Eliminadas las circunstancias anteriores, se corrige el error cultural cometido:

### *Soledad*

Tarde de octubre con sol  
de verano y limpio cielo,  
fresca de reciente lluvia,  
verde de trigales nuevos.  
Por el camino del monte,  
entre pinares de fuego,  
solo con mi soledad  
soy el solo pasajero.  
¡El alma, yo sin sentirla,  
se me ha salido del cuerpo!  
¿Está en esta paz, en esta  
soledad y en este silencio?  
Y yo le pregunto a la tarde  
de áureo sol y limpio cielo:  
¿qué has hecho del alma mía  
que la busco y no la encuentro?

Se ha mantenido la memoria del poeta y sobre él se ha escrito. 1980: Francisco Javier Díez de Revenga publica *Eliodoro Puche. Historia y crítica de un poeta*. 1994: Pedro Guerrero Ruiz escribe *Eliodoro Puche: paisaje y vuelo de un poeta*, y, en 2005, *Eliodoro Puche, la bohemia de un poeta maldito*. (54) En 1983, Juan Guirao García y yo preparamos una *Antología General*. En 2006, he preparado otra: *Una voz ronca y profunda. Antología breve*. También se celebran cada dos años unas jornadas de información y estudio sobre su obra. Ahora, con nuevo material también proporcionado por Juan Guirao, acabo de escribir un nuevo libro que se titula *Eliodoro Puche: aportaciones biobibliográficas, cuestiones (in)soslayables, poesía inédita*, y que presenta los últimos inéditos del poeta, inéditos importantes pues comprenden su etapa anterior, 1908 - 1917, cuando publica su primer poemario, un libro incompleto del que quedan ocho poemas y al menos 75 de los que escribía casi al final de su vida en cualquier papel, con letra temblorosa y pluma débil.

Con uno de estos poemas, el más comprometido políticamente de sus escritos, compuesto al ser liberado en 1943, quiero concluir mi presencia ante ustedes, aunque luego habrá una coda, con el íntimo deseo de que hayan pasado un rato literariamente ameno, lo que habrá colmado mi mayor deseo: no defraudar las expectativas creadas, si es que había levantado alguna, y ganarme un vaso de buen vino riojano como el poeta de Berceo.

### *Resurrexit*

¡Poder cantar  
sobre las ruinas de lo que renace  
el nuevo brote  
que sube hacia la luz del nuevo cielo!  
Poder cantar la flor de la esperanza  
recién abierta al nuevo día  
y decir a esos hombres  
que encadenan la libertad:  
-Es la vida, la vida verdadera  
reencotrada en la muerte,

la vida hermosa y pura entre cenizas,  
la vida bella que enterrasteis  
clamando un ¡Para siempre!  
entre fusiles fratricidas. Es  
la vida robada por vosotros,  
es la verdad suprema  
que vuelve a ser.  
Vedla, aquí la tenéis, retorna  
más fuerte y grande que nos la robasteis  
con la traición.  
Poder contar el nuevo hallazgo  
y con amor, con infinito amor,  
enseñárselo a todos.  
Y decir a los sabios: -¡Levantad  
pirámides de libros en memoria  
de esta resurrección inesperada,  
alzadle monumentos  
de ideas inmortales,  
eternizarla en torres  
de palabras de exaltación!  
Y decirle al poeta: -¡Campanero  
de la verdad futura,  
tu puesto está en la torre!  
¡Echa las campanas al vuelo,  
que ya ha sido al fin  
la gran resurrección!

No creo que sea muy difícil entender que, hasta ahora, a Eliodoro se le ha conocido más por su vida borracha que por su obra. También soy consciente de que su escrito ha sido denostado. No intento nada del otro mundo, sino que se le juzgue por su escrito que entiendo algo más brillante de lo que se ha dejado dicho y mejor que muchos de los escritos de otros poetas que vivieron con él la bohemia y la vida pobre de lo que he dado en llamar el relumbrón de Madrid. No se trata, pues, de una reivindicación imposible, sino de dar a conocer sus libros para que se le juzgue con independencia de su vida. Siempre habrá argumentos para decir que es un mal poeta. Conociendo qué y quién fue Eliodoro, busco nuevos testimonios de la calidad de su poesía que no es, sin duda, la de un maestro, pero tampoco la de un alumno desaventajado. Ahora tienen ustedes más argumentos para juzgar a este poeta de vida irregular y poesía humana, esa poesía sencilla que siempre dice algo y, en ocasiones, emociona, como sucede con este poema con el que me despido:

#### *Oración*

Señor de los Errores: Yo te pido  
que me protejas  
contra la verdad odiosa  
de perder mi fe en Ti.  
Bien sabes  
que mis errores son toda mi vida,  
y que ellos sólo me abren el camino  
de mi verdad.

No me abandones  
en medio del desierto  
de verdades ajenas.  
Cierra los ojos  
de mi razón a las razones  
de los otros.  
Hazme la luz  
de mis errores, Señor de los Errores.

\* Conferencia pronunciada en las I Jornadas sobre bohemia literaria de la Universidad de la Rioja,  
noviembre de 2007.